Lima, 14 de Agosto

Simplemente Racso

por Enrique Ghersi

Luego de noventa y siete años de vida, de los cuales setenta y nueve fueron dedicados al periodismo, ha fallecido Oscar Miró Quesada de la Guerra, o simplemente "Racso", como lo conocieron sus innumerables lectores.

Perteneció Racso a la fecunda generación del novecientos, junto con Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, José Gálvez, José María de la Jara y Ureta, Francisco y Ventura García Calderón, entre otros intelectuales, siendo su último sobreviviente. A diferencia de ellos, su preocupación no fue la historia, ni la política, ni tampoco la literatura, sino el desarrollo de la ciencia y el progreso de los pueblos.

Es justamente en la inmensa labor de divulgación del conocimiento humano y del avance tecnológico, donde debemos destacar su figura. Ejerció un periodismo ameno, dinámico, esclarecedor, donde diversos temas como el hipnotismo, la energía nuclear, la geografía, las palomas mensajeras, los quanta, la relatividad y la filosofía existencialista nunca estuvieron ausentes. Hablamos, pues, de un hombre que estuvo en posesión de un vastísimo bagaje de conocimientos y que tuvo, sobre todo, la capacidad de transmitirlos de manera sencilla e informativa. Profeta de la razón lo han llamado algunos, aunque quizás la razón no necesite de profetas pero sí de orfebres o diestros peones para su engrandecimiento y continuación.

Los hombres usualmente se preguntan por los hechos, por la realidad, de muy diversas formas. Hay quienes analizan la historia para extraer enseñanzas, otros buscan el equilibrio estético en el arte o la grandeza social en la política; pero la pregunta no se agota tan pronto, puesto que entraña una dimensión superior: ¿a dónde marcha la humanidad y cómo es posible que esto ocurra? Son los hombres de ciencia y los de acción los que usualmente contribuyen a dar una respuesta.

Lo sorprendente de Miró Quesada es que, a pesar de haber nacido en las postrimerías del siglo pasado y pese a lo dilatado de su vida, jamás la preocupación por el pasado ni por los recuerdos fue en él mayor que la pregunta por el porvenir o que la defensa del progreso. A la ilusión del crecimiento, de la libertad a través de la sabiduría, a la justicia de una sociedad técnica consagró miles de páginas de su extensa obra. Su contribución a la formación de nuevas generaciones es incalculable.

Leía con aprecio revistas especializadas y a autores como Jean Monod, premio Nóbel de Medicina. Nunca dejó de mantenerse activo ni informado, aún cuando una grave dolencia lo postró los últimos días de su vida. Y es que Racso era un testigo de nuestro siglo, un formidable testigo del avance del hombre que estaba consciente de su condición y dispuesto a cumplirla cabalmente. ¿Algún legado puede ser mejor que el propio ejemplo?

Muchas líneas, libros de amplia textura, reconocimiento a la labor cumplida y ningún odio personal; tal vez de esta forma podamos resumir sus noventa y siete años de existencia como Racso. ¿Por qué Racso? se preguntan muchos ahora que ha muerto, muchos más quizá por ese persistente deseo que tiene todo gran hombre de seguir siendo él mismo, aun al revés.